

Piri Reis*

Walter Ilnér

Primer Accésit

"A LOS 12 DÍAS del mes de octubre del año 1472 de Nuestro Señor, Yo, Cristóforo Colombo, hijo de mercaderes genoveses, y ahora que creo estar a salvo, escribo en mi diario de aprendiz de navegante que tras haber sido atacados por piratas soy el único sobreviviente del Ucello dell Mare. Escapé de la sangrienta matanza por Gracia Divina al saltar por la borda y aferrado a un madero derivé hasta las costas del Norte de África. En allí lejos de la caridad cristiana, fui apresado por unos moros y vendido a una caravana de otros por una bolsa de maravedíes. Ese mismo día partimos hacia el desierto con rumbo a Al Jawf. Al final de la noche cuarta, como el latigazo moro en mis espaldas que me ordenaba continuar no llegaba, salí temeroso de la tienda que me cautivaba y vide a mis captores y sus animales con la muerte encima. En ese momento supe que las aguas del oasis del qual no beví por ser sagrado y estar vedado para las almas infieles estaban malas o habían sido envenedadas por algún enemigo; probablemente fuera aquesto último. Fue en así como estaba nuevamente naufrago, mas aquesta vez en un mar de arena que ardía bajo el sol y mis botas. Sabe Dios que hubiera preferido la calma más pasmosa en las velas de un barco a la deriva a soportar la calor destas aguas de piedra fina e impenetrable. Mientras trato de hazer pie en este infierno, cuánto más ansío un tifón al viento que escupe arena por los ayres firiéndome como mil y una dagas contra mi carne. No sé bien cuánto anduve, ni cuántas veces, caí, ni cuánto tiempo me arrastré como serpiente fuera del Edén hasta que tropecé con esa gran losa. Que Nuestro Señor perdón me conceda por haberle blasfemado, hubiera preferido fallar agua al pozo seco que protegía. Mas mis maldiciones se volvieron alabanzas al Altísimo en quanto descubrí que aquesta era la entrada a una cámara subterránea que guardaba los más increíbles tesoros. Cofres hartos de monedas, joyas, oro, tanto oro como fuera menester para que la luz de las eternas teas palidciera ante su fulgor. Alfombras finas, mirra, sal, en mi vida avía visto tamañas riquezas. Mas volté a maledecir mi suerte. De qué me iba andar los pasos de Alí Babá, si a más tivese todo el tiempo del mundo para extraer esos tesoros de allí debaxo -de fecho lo tenía- no había modo de transportarlos a través del interminable y ferviente desierto hasta la costa. Ni siquiera estaba asegurado que yo mesmo cargando mis propios huesos podría resistir mucho más, de acuerdo con las pocas raciones que pude facerme del campamento moro. Oh, paradoja del Destino que hazes que mi bautizo de navegante sea sin barco y en medio de océano de fuego y piedra molida en vez de la fresca mar azul. Luego pones ante mí un tesoro incalculable y a la vez indisfrutable. Oh, Dios, no será que los mares se han secado antenoche y no soy más que un naufragio encallado en el fondo de unos dellos, pregunté a viva voz. La ira me dominó y devoró mis fueras últimas hasta que caí exhausto tras arrojar joyas y cofres contra las paredes de la cámara. De bruces y con la boca abierta, la espuma de mi boca mezclábase con el fino polvo que cubría el suelo, después creo que dormí o morí, no recuerdo bien. Mas cuando volví a abrir los ojos tuve por delante un fatajo de pergaminos que asomaban por entre las tablas rotas de uno de los cofres que yo avía destrozado cuando la locura se vistió de mí. Arrastré mi cuerpo lentamente hasta ellos y los desplegué sobre el suelo. Con sorpresa y algo más de ánima me arrodillé para poder apreciarlos en su totalidad. Eran mapas, mapas viejos por demás, pero distaban de aquellos que usábamos en la Academia en Génova: esos tenían sólo los tres continentes. Coño, cuántos más habría de haber sino fueras aquestos Europa, África y

Asia. Eso incluye a la India, Catay y Cipango, por supuesto, tierras de vastas riquezas si las hay: Marco Polo dio fide de aquesto. Mas entres estos mapas, qué extraño, hay más tierras entre Asia y Europa, y son de tan grande largura y anchura como aquestas xuntas. Mas cómo, no era quel mundo terminaba más allá del cabo de Finisterre al oeste y de Cipango al este, me pregunté. Además, están delineados como que la Tierra fuese un continuo, lo que es decir: endespues de Catay viene esta extraña grande tierra y luego desto, Europa y África. Entonces, la Tierra es, es, Dios mío, es cierto, es como decían algunos marinos por los puertos: es redonda. Es la Atlántida, me apresuré a gritar en mi excitación. Mas no, de ninguna manera, no es posible, los griegos aseguran haberla visto hundirse en el Mediterráneo hace siglos. Entonces, qué es, quién trazó estos mapas. Serán obra del hideputa Satanás, seguramente... Vamos Cristóforo, qué cosas dices. Ah, Padre del Universo, menudo tesoro has puesto entre mis manos...".

Este fragmento de mi diario de juventud que jamás divulgaré, lo he conservado con promesa a Nuestro Señor de encontrar esas tierras ignotas y hoy, exactamente veinte años después, tras haber dejado la cámara de los tesoros tan oculta como la fallé, habiendo sufrido innumerables peripecias que la historia dará cuenta debida y a bordo de la Santa María, carabela insigne de la cual soy Almirante, junto con la Niña y La Pinta, oigo que del palo de mesana gritan, Tierra, Tierra, y no me asombra en absoluto.

** Piri Reis. Supuestos mapas otomanos, de antigüedad incierta y anteriores al descubrimiento oficial de América. En ellos se puede apreciar perfectamente el continente americano y los polos. Se dice que Colón tuvo acceso a ellos. -N. del A.*

El secreto de Colón

Segundo Accésit

José Luis Najenson

Cuento en honor a la conmemoración de los 500 años del fallecimiento de Don Cristobal Colón

"Más importante que el lugar, es el idioma en que uno muere..."

A DOS HORAS A PIE DE HUELVA y a una jornada a caballo de Sevilla se alza el convento de La Rábida, que remeda una atalaya como lo indica su nombre. Su cúpula se ve de lejos, desde el mar, y sirve de guía a los pilotos. Pero es pequeño, no tiene más que dos claustros internos, una diminuta capilla, y diez o doce celdas para los frailes franciscanos que lo habitan.

Una tarde desolada del invierno de 1485, un hombre con un niño de la mano se derrumban exhaustos por sus penurias sobre las gradas de la cruz frente al pórtico. El hermano portero levanta a los dos vagabundos que no parecen, empero, menesterosos. El hombre señala al niño y murmura simplemente: "¡Pan y agua para mi hijo!" El monje, impresionado por el agobio que trasunta la voz del desconocido, así como por su prestancia e hidalguía, va en busca del Prior del convento, Fray Juan

Pérez. Éste abandona su celda, cruza el portal, y contempla a ambos por un momento. Luego posa su mano sobre el hombro del forastero, apoyado en el estilóbato para no volver a caerse. "¡Venid!", les dice, franqueándoles la entrada. Los novicios se arremolinan a su paso como colegiales curiosos, mas sin pronunciar palabra. Dos de ellos se hacen cargo del niño, y el propio Prior conduce al recién llegado a una abrigada celda.

–¡Descansad! –casi le ordena, con su voz suave y firme a la vez– y nada temáis, vuestro hijo será atendido como corresponde. Después de la cena hablaremos, Dios mediante.

El hombre encuentra frente al lecho, sobre la mesa de madera tosca, una jarra con agua y un trozo de pan tierno que alivian momentáneamente su hambre y sed. La efigie del Santo de Asís cuelga solitaria sobre el muro encalado.

Pasada la misa vespertina, y luego de una frugal cena en el refectorio, Fray Juan Pérez lleva al extranjero a la biblioteca, donde, al calor de la chimenea encendida y de un vino fuerte y dulzón hecho en el mismo convento, le pregunta al fin por su nombre y andanzas.

–Cristobal Colón –responde el huésped– y mi hijo Diego, huérfano de madre. Luego, sin hesitar, le cuenta su sueño de llegar a las Indias por el poniente, atravesando el Mar de las Tinieblas, y el fracaso de su gestión en Portugal; pero nada deja traslucir acerca de su origen y juventud, sólo que se había dado a la mar desde muy tierna edad.

–Vine a probar suerte en España, Padre, y si tampoco la hallo aquí probaré en Francia, Italia o donde sea, hasta encontrarla. No miento si os digo que aun me atrevería a hablar con el Santo Padre, el Zar de las Rusias o el Sultán Turco...

–¿Ponéis al Vicario del Señor y al del Diablo en el mismo caso? ¡Es abominación!

–Válgame Dios, no quise decir eso. Fue sólo una imagen para que os déis cuenta de mi porfía.

–Pues bien lo habéis logrado. Quedáos un poco más; llamaré a Fray Antonio de Marchena que es muy versado en geografías y rumbos marinos.

Éste aparece al poco tiempo de entre las sombras, como si hubiera estado esperando que lo llamaran. Y ante él, Colón explica su obsesión con más bríos aún. Alude a la Atlántica platónica, al mapa de Toscanelli, a los portulanos de la Academia de Sagres, a las presuntas islas "errantes" como la de San Brandán, y a otras misteriosas apariciones que están en boca de los marinos perdidos y vueltos por milagro.

–Cipango no se encuentra muy lejos del Cabo Finisterre, termina diciendo; a la luz de las velas llamean sus cabellos rojizos y sus ojos sobre el perfil aguileño como los de un iluminado.

Contagiados por su entusiasmo, los frailes rebuscan entre los anaqueles, abren gruesos libros, despliegan vetustos mapas, y es como si sometieran al navegante a un implacable examen, que no cede ni con la primera claridad del alba.

–Me habéis convencido—confiesa Fray Juan, y en su bondadosa mirada se refleja la paz de la fe—. Yo he sido confesor de la Reina Isabel, y os llevaré a ella.

–Que el Altísimo os bendiga, Él os ha puesto en mi camino —la silueta de Don Cristóbal resplandece contra el ventanal, como si le hubiera brotado un aura.

–Que os bendiga sobre todo a vos, que lo necesitaréis más...

–Pero aún falta aclarar un misterio —advierte Fray Antonio— nada dijisteis de vuestra cuna o prosapia, ni sobre vuestro pasado, salvo el muy reciente, desafortunado paso por Portugal..., Colón calla y se queda mirando fijamente a sus interlocutores, como si quisiera adivinar qué se esconde tras esa pregunta.

–Vuestra lengua, prosigue Fray Antonio, si bien es la de Castilla, está repleta de extranjerismos, de giros arcaicos, ¿dónde la habéis aprendido?

–En Portugal —responde Colón sin hesitar— así como mis latines. Soy nacido en Génova, de padres genoveses. Mi hijo Diego vio la luz en Porto Santo, donde viví un tiempo con su madre, Doña Felipa Muñiz de Perestrello, y mi suegro, Don Bartolomé, un avezado marino; que el señor tenga a ambos en su Santa Gloria.

–Todo ello es posible, pero vuestro español es demasiado fluido para ser lengua aprendida, aun con los vocablos lusitanos, y demasiado arcaico para ser vuestra lengua madre. Pareciera el idioma de un siglo atrás.

Don Cristóbal vuelve a callar, como esperando un signo de que podía abrirles su corazón, o bien una advertencia de que no lo hiciera.

–Si escondéis algún secreto, no temáis, bien sabemos guardarlos; ni las paredes de las celdas nos han escuchado violar una confesión. Pero debemos saber la verdad, por vos y por nosotros, que también tenemos nuestros secretos, dijo Fray Juan, y esto impulsó a Colón a admitir lo que ellos ya habían adivinado.

–A riesgo de perderlo todo, os lo diré: El castellano fue mi lengua madre, lo aprendí de mis padres y abuelos, y éstos, a su vez, de mis tatarabuelos, quienes huyeron de España en 1391, Annus Domine, por las persecuciones del Obispo de Écija contra los judíos. Mis padres se vieron obligados a convertirse, para mantener su oficio de cardadores de lana y la patente de comercio. Siempre me hablaron en español. Por eso nunca hablé *xeneise*, el dialecto genovés, ni supe bien el italiano. Aprendí, sí, por razones del tráfico marítimo, el llamado "latín de los genoveses" y, como os lo he dicho, el latín de la ciencia, y el portugués en Portugal. Mi linaje se remonta al Pueblo de Cristo, en quien me amparo.

La ambigüedad de la última frase hizo reír a Fray Antonio, que repuso exultante:

–Sabréis entonces que en el Zohar, o Libro del Esplendor, compilado en Castilla en el siglo XIII, hay una velada referencia al camino que os proponéis seguir...

–Lo sé. Maese Jacobo, de la Academia de Sagres, me lo ha confiado y he leído el pasaje, a pesar de mi escaso hebreo.

–¡Ah! También sabéis hebreo, la lengua del Paraíso...

–Mi abuelo se empeñó en enseñarme la Torá, pero lamentablemente murió antes de finalizar el libro del Éxodo.

–¡Ah, "lamentablemente"! Es decir, que lo sentís...

–Todo idioma es un saber valioso, podría servirme para hablar con los remanentes de las Diez Tribus Perdidas, que aún alientan en el reino del Gran Khan...

–Eso lo insinúa el Rabí Benjamín de Tudela, gran viajero del siglo XII. ¿Acaso conocéis su libro de viajes, el "Séfer Masaot"?

–No tan bien como el de Marco Polo.

–Entonces, de todas maneras, vuestro hebreo no es tan rudimentario como pretendéis...

–Desde luego no mejor que el vuestro..., Don Cristóbal comenzó a comprender adónde quería llegar el buen fraile, mientras éste y el Prior ya reían sin escrúpulos y las lágrimas de los tres hombres abrazados se mezclaban con su risa.

La aurora, al fin, después de esa larga y predestinada noche, doraba la bahía de Cádiz, que sólo se ve desde el segundo piso, donde estaba la biblioteca. Cuando el primer rayo de luz inundó la estancia, los tres rezaron en *Angelus*, y luego, en voz baja, la oración hebrea que comienza, como muchas otras: "*Baruj Atá, Adonai Elokeinu, Mélej ha Olam...*" ("Bendito seas Tú, Señor, Nuestro Dios, Rey del Mundo...").

Años más tarde, al final del regreso de su último viaje, el Gran Almirante recordó aquella noche y escribió sobre ella –de manera cifrada– en su cuaderno de bitácora, que poco más tarde heredó su hijo Hernando, junto con otros papeles y manuscritos, entre ellos lo que sería luego conocido como "El Libro de las Profecías"; pero el código ha permanecido sólo en la memoria de unos pocos hombres en cada generación, de los cuales soy deudor aunque no pueda mencionarlos.

"En La Rábida, comencé realmente mi viaje a las islas soñadas. Allí obtuve la llave que se abrió muchas puertas: Gabriel de Acosta, médico, astrólogo y geógrafo; D. Luis de Torre, políglota y mago; D. Luis de Santángel, Tesorero Real, y, por su intermedio, hasta la del mero trono de Fernando e Isabel, donde concluían todos los corredores. Desde allí, la misma llave servía para cerrar de nuevo las puertas, en el secreto del silencio y en el silencio del secreto".

© Asociación Literaria y Cultural Café Compás de Valladolid, 2004